

LOS ATAJOS DE YŪKO

Yū Nagashima

**Traducción del japonés:
Isami Romero Hoshino**

**Revisión y adaptación:
Eva González Rosales**

**QUATERNI**

Yūko-chan No Chikamichi
Copyright © 2009, Yū Nagashima
All Rights reserved
First published in Japan in 2009 by Kodansh Ltd. Publishers

Copyright © 2013 Quaterni de esta edición en lengua española por acuerdo con Kodansha Ltd.

Traducción del japonés: Isami Romero Hoshino

Los atajos de Yūko.

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-941173-7-4
EAN: 9788494117374
BIC: FA

QUATERNI
Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Editor: José Luis Ramírez
Diseño de colección: Quaterni
Diseño de cubierta: Manuel Dombidau Rodríguez
Imagen de cubierta: Shutterstock
Maquetación y pre-impresión: Grupo RC
Impresión:
Depósito Legal: M--2013
Impreso en España

19 18 17 16 15 14 13 (11)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

EL CICLOMOTOR DE MIZUE

Ha pasado una semana desde que me vine a vivir a la planta de arriba de la Furacocoya. En la habitación hay una cómoda de estilo japonés y una estantería, también un armario y un tocador. Los muebles no están puestos contra las paredes sino colocados en fila justo en el centro de la habitación. El armario está detrás de la cómoda. ¿Cómo sacarán las cosas que guarden dentro? Pensé esto la primera vez que pisé este lugar. Desde un principio me percaté de que usaban este cuarto como almacén pero, teniendo en cuenta que la Furacocoya es una tienda especializada en antigüedades occidentales, resulta extraño que haya aquí una cómoda y un tocador que tienen un estilo claramente japonés. Contra las paredes hay apoyadas unas cuantas pinturas de gran tamaño, todas ellas enmarcadas y cubiertas por una tela fina. El tocador está justo delante del armario e impide que saque con comodidad el *futón*¹. Al desplegarlo en una de las esquinas del estrecho lugar,

¹ Cama japonesa que consta de un colchón y una funda unidos. Es plegable y se guarda en el armario.

los seis *tatamis*¹ de la habitación quedan casi totalmente cubiertos.

Frente a la Furacocoya hay una intersección. Por las noches, a través de estas ventanas sin cortinas, la luz roja del semáforo peatonal alumbra el cuarto. Algunas veces pasan coches a toda velocidad, sin ninguna consideración. Estoy cubierto por numerosas colchas y, aunque saque la cara y mi aliento expulse vaho, no me siento miserable. Caigo rendido de inmediato. Sin embargo, como siempre me desvelo, suelo dormirme en la madrugada o cuando está amaneciendo.

Algunas veces me despierto no con la luz del sol, sino con el graznido de las gaviotas colinegras. No es posible que las haya, ya que no hay ninguna playa cerca. Seguramente es el chirrido de alguna máquina oxidada de una fábrica lejana. No importa lo que sea; cierro los ojos y, al escuchar ese sonido constante, el *ki, ki, ki* de las gaviotas, aparece en mi mente una orilla desolada. Mientras me imagino un mar inexistente, me gana el sueño y entonces me duermo de nuevo.

Cuando despierto, generalmente ha pasado el mediodía. Duermo siempre nueve horas, a veces más. He escuchado que, si uno duerme demasiado, le puede dar depresión. Eso me da miedo.

Como no tengo menaje ni frigorífico es imposible que cocine algo por mi cuenta, pero como puedo hervir agua no tengo que preocuparme ya que puedo comer o beber algunas cosas. Sufro un poco por la falta de calefacción, aunque si camino un pequeño trecho hay una gran tienda

1 Estera de paja de tamaño predefinido que se suele usar como unidad de medida para establecer el tamaño de una habitación.

de descuento donde podría conseguir un *kotatsu* eléctrico¹. Pero primero tengo que decidir si voy a vivir aquí mucho tiempo; si no, sería un gasto tonto. Aún no lo he decidido, y por eso tengo que cubrirme con muchas mantas.

Si se mira por la ventana, al otro lado del cruce puede apreciarse una tienda de motocicletas. Siempre dejan abierta la puerta de cristal. En el interior hay algunas motos con las llantas desmontadas y *scooters* sin estrenar, pero nunca veo al dependiente. A la derecha de la tienda hay una carnicería, y a la izquierda un puesto de Yakult. Hoy el sol pega con fuerza. Abro la ventana y dejo que se airee el cuarto. Aprovecho que la he abierto para poner a secar el futón, que llevaba mucho tiempo en el armario: está húmedo y huele a moho. Pongo la colcha y las sábanas sobre el borde y las golpeo con la vara de bambú. Al principio me siento revitalizado, pero no deja de salir polvo y decido dejarlo. Me da mucha pereza hacer esto.

Como la instalación del agua está estropeada, cojo mi tetera, me calzo a medias los zapatos y salgo. A la izquierda de la puerta hay una escalera metálica. Al bajar está el balcón de Yagi-san. Es el casero de la Furacocoya, y el dueño de todo lo que hay alrededor. El balcón es excesivamente grande, y da la sensación de que su casa está más lejos de lo que verdaderamente está. En él hay dos tendederos en doble fila. También hay un futón secándose al sol.

Bajo las escaleras balanceando la tetera y me doy cuenta de que la hija de Yagi-san está en la puerta trasera de la tienda, agachada. Entre la puerta de la Furacocoya y la casa del casero hay un terreno baldío en el que no hay nada

¹ Mesa baja de madera cubierta por una colcha. Debajo hay una estufa o calentador.

construido que nos sirve de aparcamiento, pero como el gerente se pasa el día comprando, la muchacha utiliza el espacio libre para hacer manualidades.

Parece que ahora está preparando su proyecto de graduación, porque siempre tiene una sierra plegable en la mano. Ha cortado el material en pedazos pequeños, pero todavía no es posible saber qué está construyendo.

La chica siempre me saluda en voz baja, y no suele hablar conmigo. De hecho, fue mi jefe quien me contó que estaba haciendo su proyecto de graduación. ¿Estará estudiando Arte en la universidad? La saludo y le pido permiso para usar el grifo que sirve para regar y que está instalado en la parte de atrás de la Furacocoya. Cojo el extremo de la manguera y abro la llave. La dura manguera se mueve un instante y el agua sale poco después. Introduzco el extremo dentro de la tetera, dejo que se llene una tercera parte y cierro el grifo. Al soltar la manguera cae un poco de agua en el suelo; parece que había quedado más agua dentro de lo que yo pensaba. El agua comienza a hacer surcos hasta llegar a los pies de la chica, pero ella la esquiva. No me lo reprocha; ni siquiera me mira. Siempre tiene una expresión tensa. No sé cómo describirla, es la cara de una persona a la que acaban de dar un golpe y que mira con desprecio a su agresor.

Regreso a mi cuarto. Pongo a hervir el agua y, mientras miro la llama de la pequeña cocina de gas, me rasco la espalda. Me mudé hace una semana y, desde entonces, he ido solo una vez al baño público. Como el agua fría me irrita los dientes, pongo un poco de agua tibia en un vaso para poder cepillarme. Con el agua caliente sobrante me lavo la cara. Al bajar de nuevo las escaleras, la muchacha ya no está. Si uno atraviesa el pequeño camino ubicado

en el jardín del señor Yagi y luego cruza el relativamente majestuoso portal, justo a la izquierda podrá encontrar la Furacocoya.

Mizue, una de las clientas habituales de la tienda, está delante de la Furacocoya. Parece que vive detrás del puesto de Yakult. No compra nada, y por eso el gerente siempre le dice que no moleste.

—El letrero —me dice Mizue señalando hacia arriba. Me giro y descubro que la parte izquierda de la pancarta de la Furacocoya está oculta por el futón que puse a secar al sol.

—Ah / Como hacía mucho que no teníamos un día tan soleado, decidí ponerlo a secar —le contesto.

—¿Tú vives en la planta de arriba? —me pregunta en voz alta, muy interesada. Ella es todo lo contrario a la hija de Yagi-san: es bastante extrovertida. Empezó a tutearme nada más conocerme. Habla mucho y tiene la voz un poco ronca.

—¿Puedo pasar a visitarte más tarde?

—Claro.

Mizue se marcha en dirección a la estación. Abro los dos cerrojos de la puerta. Entro en la tienda y enciendo y apago muchas veces los interruptores. Aunque han pasado cinco días desde que me dejaron encargado de la tienda, todavía no sé cuál de los interruptores es el que enciende las luces. Es como si cada vez que venden una lámpara o reciben una nueva cambiaran los cables de conexión. Algunas de las lámparas cuelgan de unas cadenas llenas de hollín que las unen al techo. También hay lámparas de mesa y de pie; las hay de distintos tipos, pero todas usan bombillas de pocos vatios y por eso el interior de la tienda siempre está tan poco iluminado.

Enciendo el calefactor de queroseno y paso la aspiradora. Llamo por el teléfono móvil al gerente y le informo que ya he abierto la tienda. Lo demás es pan comido. Basta con estar sentado leyendo algo. Estar rodeado de tantas antigüedades me hace sentirme como si perteneciera a la clase alta. Como la tienda no está en una buena zona, casi nunca hay clientes. Entre semana suele estar vacía.

Lo único que tengo que hacer es limpiar el interior de la tienda y ofrecer té a los clientes que aparecen para husmear por allí. El té lo saco de la cocina que está en el fondo, tras una cortina negra que sirve como división. Cuando se presenta alguna complicación, llamo por el teléfono al gerente y él habla con los clientes.

Algunos dudan mucho antes de decidirse, pero al final la gran mayoría se rinde y se va. Los pocos clientes que se llevan algo suelen ser más cultos que yo.

—Este es un objeto de la Inglaterra decimonónica —me dice uno, mostrando su sapiencia.

—Qué erudito —lo halago.

La mitad del suelo de la tienda es de cemento, pero en el fondo hay una zona de tarima. Entre ambos espacios existe un gran desnivel, y una caja, también de madera, sirve de escalón. La gran mayoría de los clientes ve la mercancía de la zona de cemento y, si no encuentra nada, se marcha. «Si quiere, puede ver lo que tenemos arriba», les digo antes de que lo hagan. Decir eso también forma parte de mi trabajo. Al final de mi jornada, cuento cuántos clientes han venido ese día y escribo en un cuaderno quiénes eran.

14:00 Un matrimonio de treintañeros.
Se quedaron husmeando varios minutos.

15:00 Un estudiante de unos veinte años. Se fue de inmediato.

16:00 Una treintañera (bastante guapa). ¿Vino a resguardarse de la lluvia? Le ofrecí té.

17:40 Un cuarentón. Compró un plato de peltre (he dejado el dinero en el cajón).

—¡Anotas las ventas a mano!

Anteayer, justo cuando estaba a punto de cerrar, Mizue se puso a figonear lo que estaba haciendo.

—¿Cuántos años pusiste que tenía yo?

Ante esta pregunta, hojeé las páginas anteriores y vi que al principio había puesto:

Mujer de entre veinte y treinta años.

¿Es una amiga del jefe?

—Bien —dijo en voz baja al ver lo que había escrito.

Siempre visita la tienda y, tal como me había dicho el gerente, no compra nada. Nunca se detiene a ver las novedades, sino que se va directamente a la zona con el suelo de madera. Al ver que la caja que usamos como escalón se tambalea un poco, me mira con cautela antes de poner el pie. «Y ¿el gerente?», siempre me pregunta lo mismo. «Que no te engañen». Dice lo mismo, invariablemente, y se sienta en un largo sofá que reza por que no se haya vendido. Hay veces que llega antes del mediodía. «Ahora tengo una cita de trabajo». Dice eso y entra en la tienda.

En otras ocasiones llega a la hora de cerrar. «Hoy terminé temprano de trabajar».

Mizue me trae a veces unas botellitas de Joie. Como vive detrás del puesto de Yakult, parece que le regalan los yogures líquidos que no se han vendido. De pronto, sin decirme nada, me pasa una botella de Joie que venía pegada con otra. Para separarlas tuvo que romper la envoltura de plástico que las cubría. Pone la pajita extensible en una de ellas. Yo cojo la otra y compruebo su fecha de caducidad.

—¿Sabes? Estoy pensando en sacarme el carné —me dice.

—¿Otra vez?

—¿Cómo que otra vez? Es la primera vez que lo hago.

Aunque sería exagerado decir que se pasea como si estuviera en su casa, siempre que viene a la Furacocoya parece relajarse. La razón por la que me había hablado tan amigablemente cuando nos conocimos no fue porque fuera extrovertida, sino porque se sentía orgullosa de ser una de las clientas habituales. De hecho, es probable que solo estuviera siendo considerada conmigo.

—El otro día me dijiste que ibas a tramitar una patente, ¿no?

La segunda vez que nos vimos, lo primero que me dijo fue que se le había ocurrido una gran idea.

—Voy a ser millonaria —lo dijo sorprendida, como si estuviera repitiendo algo que alguien acababa de decirle—. Te lo voy a explicar, mira.

En aquel momento no le di mucha importancia al asunto, pero ella parecía bastante emocionada.

—Los jabones. —Unió las palmas de las manos y simuló que se inflaban—. Todos tienen forma elíptica.

Bueno, puedes ver que el centro es más grueso que los bordes por ambos lados.

No pude evitarlo: suspiré.

—Si engrosamos el centro en uno de los lados y dejamos el otro plano, es decir, si le quitamos el borde... —Ese era el gran invento de Mizue—. Cuando alguien use el jabón y este sea ya delgado y pequeño, solo tendría que pegarlo sobre uno nuevo. Así no se desperdiciaría nada.

—Me ha quedado claro —le di la razón, pero ella parecía insatisfecha. Quería una reacción más efusiva—. Ve a la Oficina de Patentes de Tokio —le sugerí.

—Me da pereza ir hasta allí. —Parecía enfurruñada—. ¿Crees que es mala idea?

—No he dicho eso. —Intenté animarla, pero parecía insatisfecha.

—¿Crees que me darán la patente?

—Claro, estoy segurísimo.

Cuando Mizue se marchó me puse a pensar seriamente en aquel jabón con un borde más grande que el otro. ¿No acabaría aplastándose con el tiempo, al frotarlo con las manos? Podría partirse. Suponiendo que pudiera pegarse a otro jabón, ¿el mercado demandaría ese producto? En ese caso, quizá ya lo habría intentado alguien antes.

—¿Crees que me darán el carné? —me interroga hoy con una pregunta similar. Después de decirlo, Mizue saca de su mochila un libro que contiene cuestionarios.

—¿Quieres sacarte el carné para conducir un ciclomotor?

—Sí.

Mizue aplasta la cara sobre la mesa que está frente al sofá. Parece una chiquilla a la que le han ordenado que-

darse después de clase como castigo. Cojo el cuestionario y empiezo a revisarlo. Es una especie de manga. Hay dos personajes que van respondiendo a distintas preguntas. Uno es un joven con gafas vestido de motociclista; la verdad es que, en vez de parecer un simpático conductor, parece uno de esos profesores que preparan a los chicos para la universidad en las academias privadas. El otro personaje es una chica con cola de caballo. Abro la página por donde está el separador: están explicando cómo frenar.

«La distancia de frenado abarca desde el momento en el que se frena hasta que la motocicleta se detiene por completo». El motociclista es rígido incluso en su forma de hablar.

«Es parecido a la fuerza centrífuga, que equivale a un aumento de la velocidad al cuadrado, ¿verdad?». Por alguna razón, la respuesta de la mujer es sumamente convincente. *¿Serán novios? ¿O solo amigos?* Mientras lo pienso, hojeo el libro y me doy cuenta de que su relación de pareja no parece estar prosperando, ya que están todo el rato hablando de velocidad.

—Es tan sencillo que hasta parece sospechoso, ¿no crees? —le pregunto.

—Sí, así es —me dice como si estuviera tropezándose.

—Deberías sacarte el carné de automóvil, porque así te darían también el de motocicleta.

Le digo eso, y me doy cuenta de que estoy repitiendo una frase que he escuchado a alguien que ya se ha sacado el carné.

—Necesito un carné de identidad.

Al parecer, Mizue y su marido llevan mucho tiempo separados. Como no quiere ir a su casa a pedirle la tarjeta

del seguro, quiere sacarse el carné para usarlo como documento de identificación.

—Hace mucho tiempo que no me presento a un examen, estoy hecha un manojito de nervios.

La superficie de la mesa es de cristal, y veo que se está frotando los muslos con las manos. Guarda el libro de preguntas con expresión preocupada.

—Nos vemos luego.

Me dice eso y se va.

Oscurece al cabo de un rato. Las bicicletas de los repartidores que han terminado de entregar los pedidos están delante del puesto de Yakult. Son las ocho, ya no vendrá nadie. Justo cuando estoy cerrando, el gerente entra sin avisar por la puerta trasera.

—¿Ha venido Mizue-san? —me pregunta, y señala el Joie que está sobre la mesa. Vuelve a salir y regresa cargando un reloj de pie.

El gerente solo aparece por allí cuando es la hora de cerrar. Desde que ha empezado a subastar algunos de nuestros artículos en internet, las ganancias de la tienda han aumentado. Eso es bueno, pero se pierde mucho tiempo con las reclamaciones, la verificación de los ingresos y los envíos.

—¿Ha dicho algo?

Al parecer, Mizue y el gerente se conocen desde hace mucho tiempo. El hombre deja el reloj en la zona con suelo de madera y pregunta: «¿Qué hora es?». «Déjame ver... Son las ocho, las ocho y siete». El gerente apoya una de las rodillas en el suelo, abre la tapa de cristal del reloj y mueve la manecilla más larga con el dedo.

—Me ha dicho que quiere sacarse el carné.

—¿El carné? ¿Qué mosca le habrá picado?

Mientras se toca la barba, el gerente se gira para mirarme. Tiene la misma expresión que alguien que acaba de comerse una cosa agria, pero no dice nada que denote sus sentimientos. Da cuerda al reloj con una especie de hélice. Ya es hora de que nos vayamos. El gerente apaga el interruptor del calefactor de queroseno con el pie. Coge el Joie, que todavía tiene un poco de líquido y, sin importarle los restos del lápiz de labios de Mizue, se lo acaba. Vuelve a poner la misma expresión agria.

—¿No hace frío en la planta de arriba?

—No, no hay problema.

—En el armario hay calentadores eléctricos para los pies, úsalos / Listo, voy a apagar todo —me dice.

Me dirijo hacia la puerta trasera. El gerente apaga las luces sin equivocarse. Una vez que la tienda queda envuelta en la oscuridad, noto que el tictac del nuevo reloj es tremendamente ruidoso. Voy a la parte delantera, bajo la persiana y echo la llave.

Regreso a la puerta trasera y me guardo las llaves en el abrigo. El gerente me espera. Me encorvo por el frío y, al bajar la mirada, veo que debajo de la furgoneta aparcada están esparcidos los pedazos de madera que ha dejado la hija del señor Yagi. La luz del televisor se filtra a través de las rendijas que dejan las cortinas de la parte de atrás de la casa.

El gerente cierra la puerta trasera y busca en sus bolsillos. ¿Estará buscando las llaves? «¡Qué frío hace!», dice. Después saca un sobre delgado de color café. Está arrugado de un modo tan exagerado que no tiene sentido que lo haya usado para meter algo en su interior. Lo enderezo y encuentro dentro dos billetes de diez mil yenes.

—Es la paga de esta semana.

—Pero es demasiado dinero...

—Quiero que trabajes más de ahora en adelante. Y también quiero que me enseñes a usar internet.

El gerente pone en la puerta trasera un candado grande.

—Gracias, pero me da vergüenza. Incluso me está permitiendo vivir en la planta de arriba.

—No pasa nada, no te preocupes. No eres la primera persona que duerme ahí / Eres... —Levanta la mirada como si pensara y continúa hablando mientras se sube a la furgoneta—. El quinto.

Cuando mi jefe se marcha, vuelvo al camino de entrada y cruzo la calle. Las lámparas fluorescentes de la tienda de motocicletas están encendidas pero, como siempre, no veo al dependiente. Camino hasta la tienda 24 horas pensando que soy el quinto. Eso significa que, antes que yo, han vivido gratis ahí cuatro personas.

En el 24 horas compro un frasco de sake y mi cena. Al regresar, veo a lo lejos que Mizue, con el cuello de la gabardina alzado, está intentando ver qué hay dentro de la tienda de motos.

Antes de que pueda saludarla se mete en el pequeño callejón que hay entre la tienda de motos y el puesto de Yakult. Está muy oscuro, y no sé ve bien lo que hay. Me da pereza apretar el botón del semáforo peatonal, así que cruzo la calle sin esperar y, una vez al otro lado, me doy cuenta de que se me había olvidado recoger el futón. Está tapando la letra FU (フ) y la mitad de la RA (ラ) del letrero de la Furacocoya. La colcha es blanca, y tiene un aspecto efímero.

Tengo que guardarlo de inmediato y, aunque pienso hacerlo, no sé por qué pero me da pereza. Es esa sensación

de resignación de «¿Para qué, si ya no tiene remedio?». A pesar de ello, regreso a mi habitación y tiro del frío futón hacia dentro. Muevo el tocador con el abrigo aún puesto, me pongo de rodillas y husmeo en el estante inferior del armario. Tal y como me había dicho el gerente, en el fondo hay cinco o seis calentadores eléctricos para los pies. Están tirados como si fueran cadáveres. Quería sacar solo uno pero, como los cables están enredados, salen casi todos de una vez. Me siento en el suelo, cruzo las piernas y empiezo a desenredar los gruesos cables. Hacía mucho tiempo que no veía calentadores de este tipo; parecen duros y a la vez suaves, pesados y a la vez ligeros. Es una sensación extraña. Hay de distintas marcas: unos son National y otros Mitsubishi, pero todos tienen casi la misma forma y color, como esas monedas elípticas del periodo Edo. Mientras los miro, me viene a la cabeza Mizue y sus jabones.

El calentador eléctrico tiene un interruptor giratorio. Lo muevo con el pulgar y aparecen en orden APAGADO, MÍNIMO, MEDIO y MÁXIMO. Está escrito con una tipografía anticuada y, al tocar algo con tanta historia, me relajo. Enchufo dos de los calentadores y leo un libro a la luz de una lámpara de mesa. Sin embargo, solo se calienta el lugar donde he colocado el calentador. No me puedo concentrar. Un rato después de apagar el calentador empieza a hacer frío. Lo apago y leo. Lo enciendo y me quedo quieto con los ojos cerrados. Tras repetir varias veces la misma escena empiezo a sentirme como si tuviera un termostato incorporado. Pongo el separador en el libro y lo dejo cerca de mi almohada. Apago la lámpara. El débil sonido que emitía el foco fluorescente cesa. El cuarto solo está iluminado por la luz roja del semáforo. Si extendiendo totalmente las piernas puedo tocar la pared con la punta de

los dedos de mis pies. Cierro los ojos y me pongo a pensar en el temblor, pero caigo rendido de inmediato.

Sueño. Mizue viene corriendo diciendo: *He conseguido sacarme el carné*. Viene desde bastante lejos, pero lleva sobre la cabeza un carné cuadrado. Aunque corre muy deprisa, llega hasta mí sin perder el aliento. *En el examen práctico, el instructor me riñó varias veces porque no dejaba de sonreír mientras conducía. No puedo evitar reírme cuando la moto comienza a correr*. Asiento efusivamente. *Ah, sí, sí, te comprendo, te comprendo*.

Un ruido me despierta al día siguiente, pero esta vez no son las gaviotas colinegras; esta vez es otra cosa. Parece una sierra. Me pongo el abrigo que había dejado encima de la colcha, bajo las escaleras y compruebo que, tal como me había imaginado, es el sonido de una sierra. La hija de Yagi-san está cortando madera. Siempre está cortando algo, pero la pieza de hoy es especialmente grande. La sierra tiene doble hoja, lo que explica que haga tanto ruido. Le doy los buenos días y me saluda. Me quedo mirándola con cierta timidez. La sierra no se le queda trabada en ningún momento; la usa con destreza.

Salgo a la parte delantera. La furgoneta está allí aparcada y tiene las puertas traseras abiertas.

—¿Te acabas de levantar? —El gerente vive a diez minutos en coche—. Aprovechando que estás aquí, ayúdame —me dice, y señala la furgoneta con el pulgar. En el maletero hay una cómoda de paulonia imperial—. ¿La podemos subir a la planta de arriba?

—Ah, claro.

—Como en la parte de atrás están serrando, tendremos que meterla por aquí.

—Sí.

Cogemos entre los dos la cómoda y cruzamos lentamente el portal de la casa de Yagi-san. A continuación giramos hacia la puerta trasera, y la muchacha saluda al gerente. Dejamos la cómoda un instante delante de las escaleras. El gerente, que va delante y de espaldas, revisa la altura de los escalones y yo, que voy detrás, cambio de posición y cojo la cómoda por la base. Justo cuando el gerente ya ha subido dos o tres escalones, la muchacha me señala con la sierra.

—Arriba, arriba —dice con insistencia. Levanto la mirada y me doy cuenta de que la parte superior de la cómoda está a punto de chocar contra el techadillo que sirve para proteger de la lluvia. Bajo un poco el mueble y lo cargo de un modo distinto. Al principio no habíamos podido coordinarnos bien, pero al cabo de un rato logramos sincronizar nuestros pasos de manera ordenada.

Dejamos la cómoda frente a la puerta de la planta superior. Parece que será complicado cambiarla de posición. «¿Cabrá?», pregunta el gerente, pero ya la hemos subido hasta allí. Por culpa de la cómoda, ahora la puerta solo se puede abrir un poco. Empujo con todas mis fuerzas para conseguir entrar y levantar el futón. Tengo las manos coloradas, y la frente llena de sudor. Con las prisas me olvido de los calentadores y, al levantar el futón, estoy a punto de tirarlos al suelo, pero se quedan estirados y con los cables totalmente tensos.

—¿Has podido usar los calentadores? ¡Qué bien! —El gerente saca la cabeza por la diminuta rendija de la puerta y se enciende un cigarro.

Muevo poco a poco el tocador y la estantería y consigo dejar espacio para que entre la cómoda. Después de muchas maniobras, conseguimos meter en la habitación la cómoda de paulonia imperial.

—¿Cómo vas a poder dormir aquí? —me dice el gerente, como si la habitación no fuera suya.

—No hay problema.

—En fin, ya verás cómo se vende pronto / Te dejo a cargo de la tienda.

Vuelvo a colocar el futón. La habitación es mucho más estrecha ahora: la colcha topa con la cómoda y una cuarta parte queda doblada, pero hay espacio suficiente para que una persona pueda dormir si lo hace de costado.

Escucho el motor de la furgoneta arrancando. Miro por la ventana y veo a Mizue saliendo de la tienda de motocicletas. Ayer estaba indecisa, pero parece que hoy ha ido a ver lo que va a comprarse. Intenta cerrar la puerta de cristal, pero le cuesta trabajo. ¿No sería mejor dejarla abierta? Justo cuando voy a decírselo, sus ojos se encuentran con los míos. Levanta la mano derecha y sonrío. Parece que se ha rendido con la puerta; su sonrisa la delata.

Salgo de nuevo para abrir la Furacocoya. Pensaba darle las gracias a la muchacha por sus ánimos (*arriba, arriba*), pero ya no está.

Decido que ya está bien de trabajo físico por hoy. No estoy acostumbrado a ello. Como intuyo que Mizue vendrá, pongo a calentar agua. Llega antes de que empiece a hervir.

—Oye, tú. Sí, tú, el que me estaba mirando. Parecías el emperador de Japón —dice Mizue y se sube de un salto a la zona con el suelo de madera.

—¿Emperador?

—Sí. El día de su cumpleaños siempre saluda con la mano desde las ventanas con cristal blindado del Palacio Imperial.

Por fin entiendo lo que quería decir. No sé por qué, pero me imagino al emperador saludando desde la planta alta

de la Furacocoya, aunque no es el emperador Heisei, sino Showa. Entre semana, a mediodía, la única que ondea la bandera nacional es Mizue. Enciende el calefactor de que-roseno sin pedir permiso.

—¿Vas a comprarte una moto?

Después de pasarle el café, con plato y todo, abre la tapa de la Sujakta y se pone un poco de crema no láctea. Lame los puntos blancos que se escurren sobre su pulgar. Da un sorbo al café y lo pone sobre la mesa junto al sofá.

—Eso pienso hacer —me responde alegremente—. Sería una pena usar el carné solo como identificación.

—¿Ya te has sacado el carné?

—El examen es mañana.

Mizue está casi acostada en el sofá que tanto le gusta y, en esa posición, repite lo mismo que me preguntó ayer: «¿Crees que conseguiré sacarme el carné?». Se incorpora y me pasa el libro de test. «Hazme preguntas», me dice, y vuelve a darle un sorbo al café. Al cogerlo con una mano, el libro se abre. El centro está muy usado. Esta parte es distinta al manga que vi ayer, y solo hay texto. Busco el colofón y veo que en la parte superior hay escrito con lápiz: «Cuatrocientos yenes». Es un libro usado. Voy pasando páginas y descubro que hay garabatos dibujados con lápiz rojo por todas partes. Parecen hechos por un niño. La gran mayoría son dibujos de *scooters* o motocicletas. Sobre las figuras humanas que señalan las diferencias entre las señales de circulación hay bocadillos dibujados con frases de todo tipo. Sobre el hombre con la luz roja del semáforo han puesto STANLEY, y sobre el de la luz verde, un hombre que está dando un paso, WALK.

Mizue es ilustradora. El gerente me enseñó una vez uno de sus dibujos, en el que había un niño extranjero. La ilus-

tración era una técnica mixta, pastel y ceras con hebras de lana y papeles de colores. Me contó que, en la época de la burbuja económica, una de sus ilustraciones más o menos del tamaño de una postal podía venderse en una exposición de Harajuku por diez mil yenes, quizás el doble o más. Ahora, publica sus ilustraciones en revistas y libros infantiles. Algunas veces hace de reportera y entrevista a escritores, o escribe artículos. Mizue dice que es porque no tiene talento, pero yo creo que es realmente impresionante que sus ilustraciones sean publicadas en revistas.

—Hazme algunas preguntas.

Baja la cabeza; está mirando la pata de la mesa, que se puede ver gracias a que la superficie es de cristal. Está tan concentrada como los participantes de los concursos en los que hay que apretar un botón deprisa. De hecho, tiene las manos casi cruzadas sobre el borde de la mesa. Parece que va a pulsar en cualquier momento el botón de respuesta.

—Bueno, veamos entonces —digo esto y vuelvo a hojear las páginas—. No se puede aparcar en los cruces, ni a menos de cinco metros de los mismos / Verdadero o falso.

—Verdadero.

—Correcto / En los alrededores de un cambio de rasante está prohibido estacionar o parar.

—Verdadero.

—Correcto / La holgura de la cadena de la moto debe ser inferior a diez milímetros al empujarla con los dedos.

—Falso.

—Correcto.

Mizue ha contestado correctamente varias preguntas consecutivas, pero parece que se está deprimiendo.

—Bueno, bien. —Hojeo las páginas pero, como no sé cuáles son preguntas difíciles o capciosas, creo que no sirve de mucho que yo le pregunte—. No se debe conducir si se está cansado después de hacer horas extra en el trabajo.

—¿Qué es eso? —Mizue sonríe como si fuera la misma de siempre—. ¿Eso viene ahí?

—Sí, mira. Aquí. —Me siento en el sofá y la chica se me acerca.

—No se debe conducir después de hacer horas extra. ¡Es verdad!

Mizue me mira y hace una mueca como si estuviera a punto de echarse a llorar o a reír. Inesperadamente, suena el ruido de una campana. Me espanto y miro en derredor a todas partes. El reloj que el gerente puso en hora anoche ha sonado anunciando la hora. El sonido me ha hecho recordar mis años de colegio.

—El examen es mañana, ¿qué hago? —me pregunta con tristeza cuando terminan las campanadas del reloj.

—Casi has acertado todas las preguntas —le digo para intentar consolarla.

—Ya tengo cuarenta —me dice con seriedad—. Cuarenta, ¿entiendes? ¿Sabes cuánto tiempo hace que me gradué? ¿No te das cuenta de que no he hecho un examen desde hace un montón de años?

Me bombardea a preguntas hablando muy rápido. Me quedo un poco paralizado en el sofá, pero en el fondo me siento aliviado: solo era eso. Entra un cliente.

—Nos vemos —me dice en voz baja, y al marcharse se cruza con el cliente. De pronto, como si la presencia de Mizue hubiera estado repeliendo a la clientela, no deja de llegar gente. Miro el interior de la vitrina que hay junto a la entrada, con las manos entrelazadas en la espalda.